

Señor
Jan Hartman
Solidaridad
Holanda

Martes, 31 de octubre de 2000

Estimado señor Jan Hartman,

le agradezco su carta del 27 de octubre, que quiero contestar en seguida. Por supuesto me recuerdo muy bien de Solidaridad. Estuve allí varias veces, si me recuerdo bien, en los años ochenta. Una vez me invitaron para dar una pequeña conferencia. Fue en estas visitas que me contaron de sus actividades en el campo del comercio justo de algunos productos. Conocí en estas visitas su sello Max Havelaar, y de vez en cuando he encontrado las huellas de su trabajo. Una razón mas para mandarles a Ustedes también mis saludos cordiales.

Me parece muy pertinente en la situación de hoy buscar un debate teológico-económico sobre el comercio justo. Lo es para nosotros también, porque el DEI está desde su fundación presente en el trabajo de formación de personas responsables en el campo de la economía informal, especialmente en aquellos sectores que hoy llamamos "economía solidaria". De hecho, la mayoría de nuestros talleristas están activos en este campo. Por esta razón hay una discusión muy frecuente alrededor de las problemáticas que surgen. Aunque no puedo tomar posiciones muy específicas en cuanto al proyecto Max Havelaar, quiero hacer presentes posiciones que han surgido en estas discusiones y que yo considero pertinentes también para los proyectos suyos.

Cuando se hace proyectos como el comercio justo, se parte del hecho, que el comercio, abandonado a su inercia, no produce necesariamente justicia. Eso ciertamente vale para toda actividad del mercado. La relación entre mercado y justicia no es una relación de identidad. Por eso hacen falta actividades de intervención para que haya más justicia o lo más posible de justicia. Estas actividades de intervención no tienen que ser necesariamente estatales, sino pueden muy bien ser privadas como lo es en el caso de su proyecto Max Havelaar. Pero siempre un proyecto de comercio justo entraña una crítica del mercado.

Esta crítica del mercado tiene sus problemas, como, siendo el mercado una institución, lo tiene toda crítica a las instituciones. En realidad, la crítica al mercado tiene mucho en común con la crítica del Estado. Muchas fórmulas se repiten con otras palabras, y si hoy mucho se habla con razón de la idolatría del mercado, se podía hablar hace unos 50 años de la idolatría del Estado. Igualmente aparecen fórmulas como la del mercado total, que corresponden a otras como el Estado total.

Se puede ver eso en términos muy claros siguiendo una fórmula, que usó Reagan en su primera campaña electoral. Decía: No tenemos problemas con el Estado, el Estado es el problema. Es el lema de un simple anti-estatismo. Si la crítica desemboca en esta posición, se paraliza a sí misma. Obstaculiza cualquier desarrollo democrático del Estado. Pero como no puede abolir el Estado, concentra ahora las actividades estatales en sus funciones represivas y abandona todas las otras funciones del Estado. Al no poder abolir completamente el Estado se habla entonces de la creación de un mini-Estado que desemboca en un Estado concentrado en sus funciones represivas, que fácilmente puede desembocar en un maxi-Estado. Si se mantiene la democracia, esta se vacía.

Cambiando un poco la fórmula de Reagan, llegamos al impasse de la crítica del mercado. Se la podría interpretar en el sentido siguiente: No tenemos problemas con el mercado, el mercado es el problema. La crítica del mercado se paraliza igualmente. Pero no se logra sustituir el mercado por alguna otra institución, sino se obstaculiza el mercado. En parte importante eso ocurrió con la crítica del mercado de Marx. Siendo la crítica del mercado mejor elaborada que tenemos, ella desembocó en la incapacidad de hacer una política racional frente al mercado y paralizó muchos movimientos populares. Seguramente, una parte importante de la explicación del colapso del socialismo está en el autoparálisis provocado por una crítica del mercado, que llevó a la imposibilidad de actuar. La razón está precisamente en el hecho de que se querría abolir el mercado - o simplemente minimizarlo en caso de no poder abolirlo - para subsanar las deficiencias del mercado. Es como abolir los automóviles para terminar con los accidentes de tráfico.

Para discutir realísticamente el problema de la justicia frente al mercado, hace falta, por tanto, partir de la existencia tanto del mercado y del Estado como resultado de la propia condición humana. Insisto también en la discusión del Estado, porque ningún orden del mercado es posible como orden a no ser que esté garantizado por el Estado. No podemos escoger actuar en el interior de estos órdenes del mercado y del Estado o no. Forzosamente todos nuestros proyectos tienen que inscribirse en este marco.

Sin embargo, siempre se trata de intervenirlos. La razón está en el hecho de que estas instituciones, que son condiciones de la posibilidad de la vida humana, se pueden volcar en contra de esta vida humana y producir tendencias a socavarla. Eso ocurre siempre y cuando estas instituciones son abandonados a su propio movimiento inerte. Ocurren entonces totalizaciones del Estado o del mercado. La simple razón del Estado no puede ser guía del orden político, como tampoco la razón del mercado puede ser guía del orden del mercado. En el plano del Estado eso lleva a la exigencia de la democratización del poder político, en el plano del mercado a la exigencia de la intervención en el mercado en función de la justicia.

Esta intervención en el mercado no es necesariamente una intervención estatal. En muchos casos es y ha sido actividad de organizaciones que surgen de la sociedad civil. Eso vale por ejemplo para las actividades sindicales y cooperativas. Intervienen en los mercados, pero se trata de actividades no estatales. Pero por eso no han sido absolutamente independientes del Estado. Básico fue el reconocimiento del derecho de huelga y las legislaciones cooperativas, que dan ciertas prerrogativas a estas. A eso se añadieron sistemas públicos de seguridad social, educación etc, pero igualmente políticas económicas de pleno empleo y, hoy, de protección del medio ambiente. Nuestra sociedad actual, en cambio, denuncia la propia intervención en los mercados. Donde, sin embargo, ocurre, la quiere restringir al ámbito estrictamente privado o los considera distorsiones del mercado.

Eso ha provocado la nueva situación que hace falta enfocar y que es parte importante de las discusiones en los talleres del DEI. Las muchas actividades del sector informal o de economía solidaria sufren una fuerte limitación por el hecho de que los poderes públicos no las acompañan. Dado el ambiente antiestatista, las actividades de esta sociedad civil son consideradas como sustituto de actividades públicas en el ámbito económico y social. El Estado se retira de estas sus funciones y hasta llama a la sociedad civil para asumirlas.

Pero estas muchas actividades no pueden sustituir las actividades públicas correspondientes. Por eso hasta se pueden transformar en un pretexto del Estado de concentrarse cada vez más en sus funciones represivas y de abandonar sus funciones económicas y sociales. Eso nos ha llevado a insistir en una concepción del desarrollo de las actividades de la sociedad civil en complementariedad con el desarrollo del poder público. La sociedad civil abre muchos nuevos caminos pero estos caminos son fácilmente abandonados si el poder público no asume sus funciones complementarias. La sociedad civil puede mostrar nuevas posibilidades, pero muchas veces solamente el poder público es capaz de llevar estas posibilidades a una realización de alcance universal. Por eso, proyectar una sociedad civil vigorosa lleva a proyectar como complemento un desarrollo vigoroso de las actividades económicas y sociales del poder público.

Las actividades de la sociedad civil en el campo de la economía solidaria son muchas, pero de tamaño pequeño cada una. Por supuesto, siempre hay que tener presente también, que actividades de alcance pequeño, pueden ser de importancia grande y hasta decisiva para aquellos que tienen la posibilidad de participar en ellas. Por eso en ningún caso son insignificantes. Pero, por el otro lado, cumplen una función adicional, que es la de ser proyectos piloto. Como tales pueden ser proyectos que adquieren carácter simbólico y pueden formar células de nuevos movimientos populares que plantean también frente al Estado una reorientación de sus funciones hacia el campo económico y social.

Eso entra en un conflicto con la actual ideología antiestatista del Estado. Pero cuanto más se desarrollan estas actividades de la sociedad civil, más será necesario reorientar la política estatal. En esta discusión hay que recordar, que la actual orientación de la política estatal hacia la privatización de las funciones del Estado es también una política estatal. La privatización no la hacen los privados sino la hacen los Estados. Es política estatal, no política privada.

De esta manera el desarrollo actual de la sociedad civil implica un proyecto de sociedad que en el DEI tratamos de resumir como: Una sociedad en la que quepan todos y todas, incluyendo la naturaleza también. Su núcleo no son grupos políticos o partidos, sino las muchas actividades que hoy se desarrollan a partir de la sociedad civil y que pueden empujar hacia este proyecto de sociedad y que implican una reformulación de la actual ideología antiestatista del Estado. La actual política antiestatista transforma el Estado en aparato represivo y la democracia en un mercado de votos. Con eso socava la propia democracia. La democratización exige, reformular este Estado y ponerlo al servicio de movimientos democráticos e inclusive populares.

En este sentido, la crítica del mercado es parte de cualquier actividad para asegurar la justicia en el mercado. No es algo, que en algún momento se ha hecho de una vez por todas para poder en el futuro prescindir de ella. En cada momento hay que hacerla para demostrar que sin actividades de corrección el mercado, que por un lado es condición para asegurar la vida humana, se vuelca en contra de esta vida humana. Esta crítica del mercado subyace también a la crítica de la idolatría del mercado que hoy es un fenómeno bien obvio. Pero la crítica de esta idolatría presupone la propia crítica del mercado. Instituciones son idolatrizadas en cuanto se les concede un carácter absoluto e inquestionado. Aparecen entonces como ídolo, porque un ídolo es eso: la puesta de una obra humana en contra de la vida humana en nombre de alguna referencia superior, que la diviniza.

Una reflexión final: mucho se habla hoy del hecho de que la sociedad es compleja. Pero muchas veces la conclusión es sorprendente y falaz. Lo es ya en Hayek, uno de los primeros pensadores de la complejidad. Su conclusión se puede resumir: la sociedad es compleja y por eso la solución es simple. Hayek ofrece como solución del problema de la complejidad una terrible simplificación: propiedad y cumplimiento de contratos. La solución es una simple receta que todavía es la receta aplicada con mucha ceguera por los organismos internacionales encargados de la política económica mundial. Estos organismos como el FMI y el Banco Mundial son instituciones estatales, que impulsan la política de privatización. Son burocracias públicas que entregan el poder a las burocracias privadas y se le garantizan. Estas recetas resultan de una conclusión falaz. Si queremos tomar efectivamente en serio la complejidad del mundo tenemos que darnos cuenta de que, dada esta complejidad, las soluciones solamente pueden ser complejas también. Demasiado tiempo se ha respondido a la complejidad del mundo con la terrible simplificación de

soluciones simples. No es solamente problema del mundo actual, también ha sido el problema del socialismo igualmente. A un mundo complejo también respondió por una solución simple. Hoy se trata de aceptar por fin que complejidad del mundo significa sobre todo, que las posibles soluciones serán complejas y no reducibles a simples recetas.¹

Estas son solamente algunas reflexiones previas para una discusión que seguramente pondrá al descubierto muchos problemas más.

Me despido con saludos cordiales

Franz J. Hinkelammert
DEI, San José, Costa Rica

¹ En relación a lo anterior, ver:

Hinkelammert, Franz J.: "Nuestro Proyecto de Nueva Sociedad en América Latina. El papel regulador del Estado y los problemas de la auto-regulación del mercado". Pasos. Nr.33. Enero/Febrero 1991.

Hinkelammert, Franz: El asesinato es un suicidio: de la utilidad de la limitación del cálculo de utilidad. Pasos Nr.74, Noviembre/diciembre 1997. San José, Costa Rica